



Biografía

Palabras de los Papas sobre el Padre Kentenich

En la audiencia general del 8 de abril de 1970, al saludar a algunos peregrinos alemanes, el papa Pablo VI dijo las siguientes palabras:

“Queridos hijos e hijas:

Sobre la lápida de un merítísimo sacerdote y pastor de almas alemán, se hallan grabadas unas palabras que expresan su personalidad y el contenido de su fecunda vida: DILEXIT ECCLESIAM: *Amó a la Iglesia.*

Estas mismas palabras les repetimos a ustedes. ¡Amen a la Iglesia! En estos tiempos agitados manténgase fieles al magisterio de la Iglesia y al sucesor de san Pedro. Entonces también sus vidas serán fecundas y plenas.”
(L'Osservatore Romano, n. 81, pág. 2).

El 16 de septiembre de 1994 el papa Juan pablo II dirigió la palabra a un grupo del Movimiento de Schoenstatt diciéndole lo siguiente:

“Sean portadores de la obra de su Fundador hacia el futuro, y enriquezcan con su carisma la vida de la Iglesia en su camino hacia el nuevo milenio.”

Los siguientes textos apuntan a ofrecernos un panorama de la vida y obra de este sacerdote y fundador del Movimiento de Schoenstatt.

Elegido por Dios

“¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?” (Jn 1, 46). Así juzga la inteligencia humana sobre el origen de Cristo. ¿A quién le asombra? El mundo mide con la vara de la fama y el honor, del rango y el rendimiento, reparando en lo que salta a la vista. En cambio Dios elige con preferencia lo pequeño, modesto y débil. “Él es quien realiza grandes obra mediante los más pequeños y en los más pequeños”. He aquí (expresada con una frase del P. Kentenich) la constante en el Reino de Dios.

Y así sucedió también en la vida del P. Kentenich. En vano se buscará brillo exterior, porque en ella se hacen realidad aquellas palabras del profeta Isaías: “El Señor desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre... en la sombra de su mano me escondió; hízome como saeta aguda... Me dijo: Tú eres mi siervo, en quien me gloriaré” (Is 49, 1- 3).

El P. Kentenich nació el 18 de noviembre de 1885 en Gymnich, cerca de Colonia, Alemania. Circunstancias familiares desfavorables obligaron a su madre a trabajar fuera del hogar. Por eso José se crió en un primer momento con sus abuelos maternos.

En los primeros años de su vida, en dos oportunidades la vida del pequeño José corrió serio peligro. Una vez una vaca embravecida tomó en sus cuernos la canastita en la cual reposaba el pequeño, arrojándola al aire. La cria-

tura no sufrió daño alguno. Otra vez, cuando tenía más o menos tres años, mientras jugaba cayó en un pozo. Se dieron voces y acudió el abuelo, que logró rescatarlo a tiempo. Milagrosamente el pequeño en ambas oportunidades salió ileso.

José se destacaba tanto por sus inusuales talentos como por una predisposición religiosa mayor de lo común. Le gustaba rezar. En su temprana infancia José se puso bajo el amparo de la Sma. Virgen, consagrándole particularmente su pureza. Una pequeña oración compuesta por él mismo da testimonio de ello:

“¡Dios te salve, María! Por tu pureza, conserva puros mi cuerpo y mi alma. Ábreme ampliamente tu corazón y el corazón de tu Hijo. Implórame un profundo conocimiento de mí mismo y la gracia de la perseverancia y la fidelidad hasta la muerte.”

Siguiendo el consejo de un sacerdote, su madre lo lleva al orfanato de Oberhausen. José contaba ocho años. En la angustia de no poder cuidar ya directamente de su hijo, la madre lo confía a la Sma. Virgen, pidiéndole que se encargue de su educación. José se asocia a esa consagración con un corazón atento. Más tarde declarará que dicha consagración fue una vivencia imborrable de su infancia, y decisiva para todo su futuro. Asumió con seriedad su entrega a la Sma. Virgen, y ella se manifestó como su madre y educadora, como la mediadora de una plenitud de gracias. Años más tarde confesará que en su vida todo se

lo debe a la Sma. Virgen, que siempre se sintió y se supo ayudado por ella.

Ya tempranamente puso Dios en su corazón la vocación sacerdotal. El día de su primera comunión le confía a su madre ese secreto. Pero por entonces las circunstancias hacían aparecer esa meta como inalcanzable.

Su predisposición para lo religioso y su carácter serio no hicieron de José ningún pesimista. Como todos los muchachos, se interesaba por todo y participaba de algunas travesuras. Por ejemplo, una vez, junto con el hijo del sacristán y un primo suyo, se subió a la torre de la iglesia parroquial. Los muchachos creían que nadie los observaba. Pero el párroco les cerró la puerta sin que ellos se dieran cuenta, para atraparlos cuando descendieran. Los exploradores habían caído en la trampa. ¡La salida estaba bloqueada! ¿Qué hacer ahora? Enseguida volvieron a subir a la torre, y por el entretecho de la nave del templo se dirigieron al coro. Los intrépidos se deslizaron allí por una abertura, descendieron por las columnas del altar y sin ser molestados salieron al aire libre por otra puerta.

A José se lo ve junto con el grupo de muchachos junto al arroyo, para probar el coraje y el arte de saltar por encima de la corriente. A uno que vacilaba, le toman la boina y se la arrojan a la otra orilla para que se arriesgue a saltar.

En invierno José juega con sus compañeros sobre la superficie congelada del foso del palacio de Gymnich, y a

veces cae al agua. En el verano le gusta ponerse debajo de los canalones de desagüe de los techos, y regresa chorreando agua a casa.

Era llamativo su fuerte amor a la libertad. No podía soportar presión alguna. Por eso no iba con gusto al jardín de infantes. Por ejemplo, aquella vez que fue sacado del pozo, se lo acostó en su cama muy pálido y casi sin dar signos de vida. Para provocar alguna reacción, la enfermera le dijo: “Pronto José se pondrá bien, irá al jardín de infantes y se le regalará una estampita de un santo. Entonces el cuerpecito cobró vida, el niño abrió los ojos y dijo lenta pero decididamente: “No quiero ir al jardín y no quiero ninguna estampita”. Y volvió a quedar inmóvil como antes.

Su sensibilidad para la verdad y la justicia es muy marcada. Cuando un día al maestro le pareció que otra persona había hecho por José la tarea para el hogar, José se defendió enérgicamente hasta que salió a luz la verdad. Llamada por el maestro, y respondiendo a su pregunta, la prima dijo llorando que al limpiar el marco de la pizarrita de José, escrita en su totalidad, había borrado algunas palabras. Y ella las había vuelto a escribir sin que José se enterase.

En sus posteriores años de estudio, a José le gustaba hacer caminatas y llenaba cuadernos con descripciones de sus paseos. Cuando así se lo solicitaba, para determinados eventos de la comunidad del internado componía poesías y palabras alusivas que delataban su talento.

Pero la tendencia de su alma hacia lo sobrenatural es predominante. Sobre este punto el P. Kenterich dará años más tarde el siguiente testimonio de sí mismo:

“Hay personas que por naturaleza tienen una orientación tan sobrenatural que desde la infancia todo lo puramente natural no les interesa. Porque tienden directamente hacia lo eterno, lo infinito... Debo confesar que ése fue también mi camino personal... La secreta tendencia del ser no hallaba contento en ninguna parte. El amor personalísimo no quería descansar en ninguna parte sino en Dios...”



Guiado por Dios

El deseo secreto de José era trabajar un día como misionero en África. Así pues a los catorce años ingresó al seminario menor palotino de Ehrenbreitstein. La mano de Dios lo protegía y no lo abandonaría más. Lo guió hacia el sacerdocio, lo preparó para su gran misión a lo largo de sus años de estudios. Éstos estuvieron signados por muchos sufrimientos, por la soledad interior y por una angustiosa crisis espiritual.

En todas las dificultades interiores y exteriores, la Sma. Virgen le fue señalando el camino. Durante sus estudios de filosofía, el seminarista José cayó en una grave crisis. Fue presa del escepticismo que duda de todo: “¿Qué es la verdad?” A veces temía que el próximo paso lo llevase a perder la razón. Pero la salvación le vino de la Sma. Virgen. Porque reconoció que la Sma. Virgen es el ser humano armónico, perfecto, lleno de Dios, que desde la fe asumió y superó todas las circunstancias de la vida. Ése era el camino, su camino...

El seminarista que se había lanzado a dicha búsqueda renovó entonces la consagración hecha a los nueve años, y se entregó a Dios como la Sma. Virgen, con fe ciega. Todo lo apostó a una “carta”, y esa carta resultó “ganadora”: La crisis había sido vencida. Y se le concedió, a modo de devolución, un don divino: Característica de su personalidad será, desde entonces en adelante, una sencilla fe filial que no se dejará perturbar por nada. José siguió impertérri-

to su camino. Se sabía “guiado por Dios” y siguió a Dios (como la Sma. Virgen y con la Sma. Virgen) por las sendas que Él señalara.

El 8 de julio de 1910, el seminarista José Kantenich fue consagrado sacerdote en Limburgo. Contaba veinticuatro años. En la estampa recordatoria de su primera misa, quedaron expresados su anhelo y la meta de su futura vida sacerdotal: “Que todos los espíritus se unan en la verdad, y todos los corazones en el amor”. Y por esa meta se arriesgó a todo compromiso, y se arriesgó por completo.

En razón de su salud precaria no se lo envió a Camerún, floreciente zona de misión de los palotinos, sino que se lo destinó a ser profesor de latín y alemán en el seminario menor de Ehrenbreitstein. También entonces se puso de manifiesto una evidente disposición de la Providencia. Porque allí se reveló su carisma pedagógico. Ya en la primera hora de clase, el P. Kantenich supo llegar e incentivar a sus alumnos como sus jóvenes amigos y colaboradores. Comenzó de la siguiente manera:

“Vamos a trabajar juntos. Les exigiré mucho; pero también ustedes pueden exigirme muchísimo. Y así en este año nos haremos buenos amigos.”

¡Qué seria responsabilidad había detrás de esas palabras! Pero también constituían una exhortación a la independencia de los muchachos. Uno de ellos dirá más tarde:

“Esas clases son inolvidables, y formaron a uno u otro para toda la vida. No eran clases o instrucción en el sentido habitual, sino una movilización general de todas las fuerzas intelectuales y morales del individuo y de la comunidad del aula, a modo de una competencia intelectual libre, noble y bien ordenada.”

En su calidad de educador, más allá de todas las exigencias que se planteaba a sí mismo y a sus alumnos, el P. Kantenich sigue siendo una persona genuinamente humana. Y esto se aprecia cuando, por ejemplo, en tiempo de Navidad, pone en su habitación un canasto lleno de galletitas, de las que llena los bolsillos de sus alumnos cuando éstos van a verlo. Un gesto inusitado para las costumbres de aquella época.

Luego de su labor en Ehrenbreitstein, en octubre de 1912 el P. Kantenich es designado acompañante espiritual en el flamante seminario de Schoenstatt, donde, según el plan de Dios, había de fundar la Obra de Schoenstatt. Allí se pone a completa disposición de los jóvenes. Les regala su plena confianza, particularmente su corazón:

“Me pongo a completa disposición de ustedes, con todo lo que soy y tengo: con lo que sé y lo que no sé, con lo que puedo hacer y lo que no puedo hacer, pero sobre todo con mi corazón.” (27 de octubre de 1912)

Los muchachos van a verlo para exponerle todas sus preocupaciones y problemas. El P. Kentenich siempre tiene un consejo que dar, una ayuda que ofrecer. Así se dan cuenta de que él había hablado en serio cuando les dijera una vez: *“Seré para ustedes también como una madre”*.

Aprecian sobre todo que el joven acompañante espiritual los valore como personas originales. Su nuevo método pedagógico va más allá de lo tradicional. El P. Kentenich hace fluir por el cauce correcto el afán de ilimitada libertad de los muchachos, entusiasmándolos por la verdadera libertad, la libertad de la persona. Esa meta estimula la generosidad y la libre colaboración de los jóvenes. Así se logró superar una crisis de autoridad que se había desencadenado con la mudanza al nuevo seminario.

Uno de los jóvenes relata:

“El P. Kentenich nos causó gran impresión. Entre los muchachos no se escuchaba crítica alguna contra él. Confiábamos en él. Siempre escuchábamos sus conferencias con entusiasmo, y luego conversábamos sobre ellas. Sencillamente era el guía que entendía a los jóvenes. Nosotros éramos sus entusiastas seguidores.”

Sin embargo Dios tenía planes más grandes. Y primero hizo pasar al P. Kentenich por una grave enfermedad pulmonar que lo llevó al borde de la muerte, para que fuese clarísimo que Dios crea sus obras de la nada. El diagnóstico médico fue: “Dos meses de vida”. Luego de esa “sen-

tencia de muerte” el enfermo se levantó de su silla poltrona y retomó su trabajo porque quería (según sus propias palabras) “en esos dos meses hacer todavía muchas cosas para gloria de Dios y salvación de las almas”. En su senectud el P. Kentenich dirá en tono jocoso: “Aún no se han cumplido los dos meses”.

En aquella época una “secreta idea predilecta” no le da descanso. La motivación externa le vino de la lectura de un artículo periodístico sobre el origen del Santuario mariano de Pompeya, en Italia. Éste había surgido por iniciativa del abogado Bartolo Longo, quien anteriormente no había sido creyente.

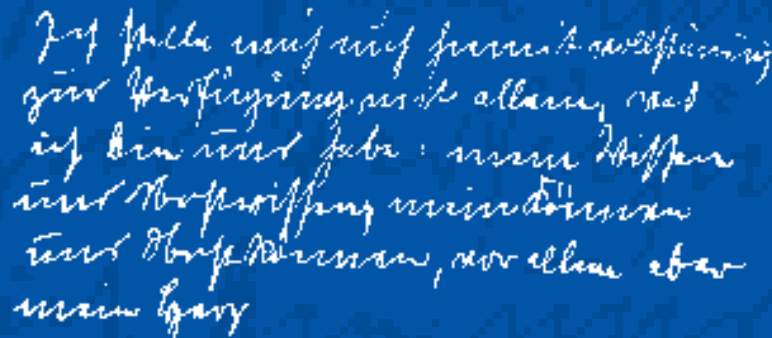
El P. Kentenich se pregunta, a la luz de la fe en la Divina Providencia, si a través de ese artículo Dios no le quiere decir algo especial. Al cabo de larga lucha interior, toma la decisión de trabajar para que la capillita de San Miguel Arcángel, en Schoenstatt, se convierta, por la colaboración consciente de instrumentos humanos, en un Santuario mariano. Su anhelo es que la Sma. Virgen “establezca aquí su trono, reparta sus tesoros y obre milagros de gracia”. El 18 de octubre de 1914 expone a los jóvenes en la capillita ese “plan audaz”. Una seria aspiración a la santidad por parte de los muchachos haría “suave violencia” sobre la Sma. Virgen para que ella descendiera a ese lugar.

Y efectivamente algunos seminaristas hacen suyo el “plan audaz” del acompañante espiritual, aún sin comprender su cabal envergadura. Junto con el P. Kentenich ponen,

por decirlo así, su mano en la mano de la Sma. Virgen, sellando una “Alianza de Amor” con ella. De acuerdo con la divisa “Nada sin ti, nada sin nosotros”, los jóvenes comienzan a llevar sus “contribuciones” al pequeño Santuario, para que ella obre “milagros de gracia” en los corazones, y renueve el mundo. Con ese fin aprovechan cada oportunidad que se ofrezca: Las cosas pequeñas e insignificantes de los deberes de cada día como también, más tarde, las vivencias extraordinarias y conmovedoras de los frentes de batalla de la Primera Guerra Mundial. Esta guerra es para ellos, según palabras del P. Kentenich, “una grandiosa misión popular”, unos “ejercicios espirituales que calan muy hondo, predicados por el Dios Infinito, el mejor conocedor del corazón humano.”

Sin saberlo, ellos se convierten en cofundadores de una Obra de Dios. Con esa “Alianza de Amor” se colocó el cimiento del nuevo Schoenstatt. El mismo cielo lo ratifica: Desde aquella memorable hora, el Santuario de Schoenstatt pasó a ser efectivamente un lugar de gracias de la Sma. Virgen. Desde allí mana hacia todo el mundo una corriente de nueva vida religiosa y de gracia.

En los primeros años luego de sellada la Alianza del 18 de octubre de 1914, el P. Kentenich ciertamente no ve nada de lo que nosotros hoy apreciamos en Schoenstatt y en todos los centros de Schoenstatt que se alzan en torno de cada Santuario. La semilla esparcida fue germinando, por así decirlo, debajo de la tierra. El P. Kentenich la cuidó con la incommovible esperanza de que brotaría, crecería y daría fruto en abundancia.



Ich stelle mich mit vollkommener
zur Verfügung, mit allem, was
ich bin und habe: meine Kräfte
und Anstrengung, meine Tatkraft
und Anstrengung, was alle an
meiner Person

*“Me pongo a completa disposición de ustedes,
con todo lo que soy y tengo: con lo que sé y lo que
no sé, con lo que puedo hacer y lo que no puedo
hacer, pero sobre todo con mi corazón.”*

(Del “Acta de Profundación de Schoenstatt”, 27 de octubre de 1912)



Enviado por Dios

Con el transcurso de los años se puso de manifiesto, cada vez con mayor claridad, que la misión que Dios le había confiado al P. Kentenich consistía en que él, como sacerdote de marcada actitud paternal, colaborara en la solución del problema que tiene el hombre actual frente a Dios. La educación y guía de la Sma. Virgen lo van formando más y más para que, a través de él, otros puedan vislumbrar algo de la misericordia y bondad del Padre Dios.

Para innumerables personas ésa fue la gran vivencia en el encuentro con el P. Kentenich. Sacerdotes que lo trataron durante años escriben:

“Si tuviera que caracterizar con una sola palabra al P. Kentenich, diría: Es un transparente clásico y singular de Dios Padre... Parece haber hecho suyos, desde su juventud, los métodos de Dios. En muchos casos se planteaba la pregunta: ¿Cómo lo haría Dios? Pues bien, ¡hagámoslo también nosotros así!”

O este otro testimonio:

“El P. Kentenich nos ha mostrado al Padre con sus palabras... Pero también lo experimentamos a él mismo como padre. Hace años se escribía sobre el ‘renacimiento del padre’, tan necesario para subsanar el desamparo psicológico y espiritual. Para nosotros el padre nació en Schoenstatt...”

Miles de personas toman contacto con el P. Kentenich. Y quedan impresionadas por su personalidad, por su bondad, amor y sabiduría.

El P. Kentenich sabe exponer las verdades de la fe de una manera nueva y vital, y aplicarlas a la vida cotidiana. Sobre todo, señalar el verdadero lugar que ocupa la Sma. Virgen en la obra de salvación. Quien lo escucha tiene la impresión de que está inspirado por Dios. “El oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo”, así detecta él, según sus propias palabras, la voluntad de Dios en su servicio a los demás. Personas del interior del país y del extranjero dan testimonio de cómo experimentaron al P. Kentenich como sacerdote y guía de gran capacidad. Algunos ejemplos:

“En el P. Kentenich se ponía de manifiesto una figura sacerdotal profética. En tiempos de confusión e inseguridad, tenía la misión de brindar una orientación abarcadora, y desenmascarar y vencer fenómenos de la época como el nacionalsocialismo y el ateísmo... En los años veinte, treinta y cuarenta de este siglo, ayudó a toda una generación de sacerdotes a comprender los tiempos que corrían, a asumir con fe la misión propia y volcarla conscientemente a la realidad...”

“Uno no podía sustraerse a la irradiación de este sacerdote y educador bendecido por Dios... Sin Schoenstatt, la Mater ter Admirabilis y el P. Kentenich, mi vida profesional, familiar y personal no habría tenido el transcurso recto y

consecuente que efectivamente tuvo...”

Muchos sacerdotes y laicos se declaran dispuestos a integrarse a las comunidades del Movimiento de Schoenstatt fundadas por el P. Kentenich. Todos experimentan que el P. Kentenich “habla con autoridad” (Lc 4, 32), autoridad para ganar los corazones, ganarlos para la filialidad ante Dios, para el seguimiento de Cristo, para el ideal de la santidad en Alianza con la Sma. Virgen. Quien toma contacto con el P. Kentenich se siente motivado a cambiar su vida.

Dos pequeños testimonios de entre muchos otros:

“... Su bondad y amabilidad me impresionaron tanto que comencé a tomar ejemplo de él...”

“Desde que conozco al P. Kentenich contemplo con otros ojos todas las cosas de la vida cotidiana. Gracias a él me he anclado profundamente en la fe. Desde el encuentro con él tengo una relación totalmente nueva con Dios en cuanto Padre...”

El P. Kentenich arraiga en el Santuario de la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt a todos los que pertenecen a algunas de las comunidades de la gran Obra internacional de Schoenstatt. El Santuario es el eje de una Familia de Schoenstatt que se halla en continuo crecimiento. Un sacerdote escribe:

“El P. Kentenich nos convoca sin cesar a que, saliendo

del torbellino del mundo, nos dirijamos a ese eje, a esa roca inmovible del Santuario. Siguiendo su ejemplo, también nosotros nos hicimos uno con esa roca. Allí él le ofreció y preparó a la Sma. Virgen un trono... para que ella volviese a aparecer, a manifestarse a nuestro tiempo y a los siglos venideros...”

En el cumplimiento de la misión recibida de Dios, el P. Kentenich no repara en su propia persona. En Schoenstatt y en todas las diócesis de Alemania predica retiros y da jornadas para sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, sanos y enfermos. Luego de la Segunda Guerra Mundial emprende viajes hacia lejanos continentes para tirar del “carro triunfal” de la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt, llevándolo por todo el mundo.

Trabaja todo el día, a menudo hasta altas horas de la noche. Casi podría decirse que ya no vive más su propia vida, sino que se entrega totalmente al servicio de Dios y de las personas que le han sido confiadas.

A pesar de las múltiples ocupaciones y sobrecarga de trabajo, no se lo ve abrumado, apurado ni irritado. Es la serenidad en persona, tiene tiempo para todo y para todos. Su persona irradia cordialidad y cercanía a la gente. Sabe brindarse espontáneamente en todas las situaciones y a todas las personas. Una docente describe así sus observaciones en el extranjero:

“A menudo me sentía edificada por su trato con sacerdotes y laicos, pero también con la gente sencilla, con

nuestros niños de la escuela. Porque tenía una manera de ser sencilla, respetuosa, muy humana y espontánea. Sabía adecuarse a todas las situaciones y circunstancias, brindándose con libertad y naturalidad. De su persona se irradiaba algo que espontáneamente señalaba y guiaba hacia lo alto.”

El P. Kentenich estaba siempre dispuesto a ayudar en cualquier necesidad, con una actitud comprensiva. No había necesidad del prójimo que le fuera demasiado insignificante. También muchas madres van a verlo y experimentan su ayuda solidaria. Así relata una madre:

“El P. Kentenich comprendía como un padre todas las necesidades. Hacía tuyas mis preocupaciones y estaba siempre dispuesto a asistirme. Su comprensión y compasión para con el dolor de una madre me impresionaron profundamente y me ayudaron a asumir mi situación. Era como si él pudiera ver en lo profundo de mí y comprenderme por completo... Al golpear su puerta yo sabía que siempre era bienvenida.”

Un padre de familia de los EE.UU., donde durante su exilio el P. Kentenich se desempeñó como capellán de la comunidad católica de habla alemana, declara:

“Para mí, como hombre, el P. Kentenich era el sacerdote en el cual yo veía un modelo de padre. Fue igualmente un amigo para mí. Podíamos bromear juntos. Quería mucho a mis hijos. Yo me sentía motivado a hacer algo por él...”

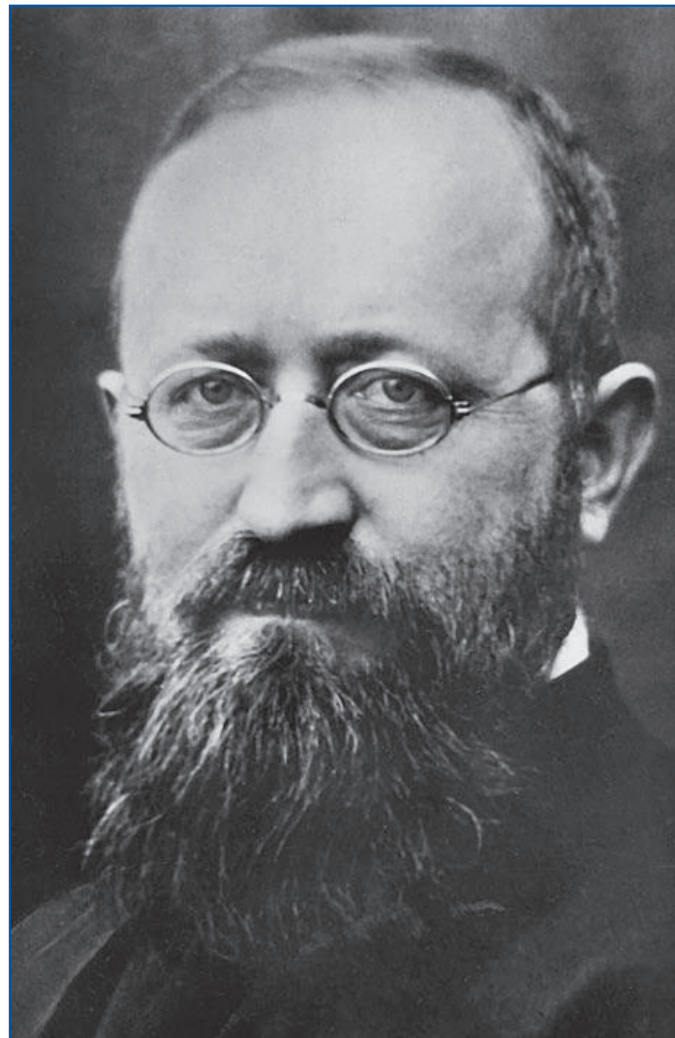
Durante un viaje, cierta vez el P. Kentenich llega a un pequeño pueblo. Y escucha hablar sobre una serie de accidentes ocurridos en el establo de un granjero. Enseguida se declara dispuesto a ayudar. Se dirigió allí. La esposa del granjero relata al cabo de años:

“Estábamos todos juntos con el P. Kentenich en el establo. Él oraba y bendecía sin cesar. Nosotros estábamos muy impresionados por esas oraciones y bendiciones. Hasta hoy no ocurrió ningún accidente más en el establo...”

¿De dónde sacaba el P. Kentenich la fuerza para su sacrificada labor al servicio del prójimo? Lo dijo una vez con total sencillez:

“El 18 de octubre de 1914 la Sma. Virgen puso a mi disposición su corazón maternal... ¡Todo se lo debo a ella!”

La Sma. Virgen, creada por Dios como reflejo de Su amor y bondad, se ocupó de que el P. Kentenich se pareciera cada vez más a ella.



Probado por Dios

Toda persona elegida especialmente por Dios es marcada con la cruz. Y esto sucedió también en el caso del P. Kentenich. Asumió el sufrimiento con valor y siguió a su Maestro, porque sabía que la cruz de la vida es una gracia, y significa fecundidad para el Reino de Dios. Así dijo una vez:

“Los sufrimientos que Dios nos envía tienen un solo sentido: Que nosotros, exactamente como lo hiciera la Sma. Virgen, hagamos nuestra la misión de Jesús, y mediante la cruz volvamos a poner el mundo a los pies del Padre. Como la Sma. Virgen, somos hijos de la cruz y, por la muerte en cruz de Cristo, hijos predilectos del Padre.”

El P. Kentenich ama la cruz que Dios le asigna. Para él padecer por su Obra, por la Obra a la cual dedicara todo su amor, toda su vida, es una perla preciosa, es la prueba del amor de Dios.

“Para mí la cruz y el sufrimiento, ser despreciado, escarnecido, deshonrado, ignorado, la renuncia... son las perlas más preciosas, los dones de amor más valiosos que me envía el amor del Padre, a fin de que yo me asemeje a Jesús y, en él, atraiga sobre mí la especial complacencia del Padre.”

El 20 de septiembre de 1941 el P. Kentenich es arrestado por la policía secreta del Tercer Reich. ¿Qué delito se le imputaba? Refiriéndose al signo nazi, la cruz gamada, había declarado una vez pública y francamente: “Nosotros permanecemos fieles a nuestra cruz, la cruz de Cristo”. Esta declaración le acarrea una prisión de más de tres años y medio: Cuatro semanas de calabozo sin luz, en la cárcel de Coblenza, y luego el campo de concentración de Dachau.

Desde la prisión escribe que se sentía como un peregrino que finalmente, y al cabo de larga espera, ha arribado a la tierra de sus anhelos y sueños personales...

Desecha una oportunidad de eludir la internación en el campo de concentración, porque en la oración había descubierto que Dios había previsto para él la senda angosta. “Se me necesita en Dachau”, le dice a otro sacerdote preso. Y más tarde: “Jamás me sentí tan feliz en mi vida como aquí”.

Se puede decir que de la celda del P. Kentenich se irradia luz y calidez. Más de uno de los guardias lo visita discretamente para pedirle un consejo o recobrar ánimo. También se lleva clandestinamente a su celda otros presos para que él los ayude a soportar mejor su duro destino; por ejemplo, antes de que éstos sean derivados a Dachau o bien cuando pasan por horas difíciles. Él es un padre para todos.

Un sacerdote que durante algunas semanas compartió la estrecha celda con el P. Kentenich, se siente lleno de gratitud y alegría por haber vivido “junto con un santo” y llama a ese período “el tiempo de gracias más grande de su vida”.

En Dachau el P. Kentenich asume las penurias del campo de concentración con firmeza de carácter y con fidelidad inquebrantable a sí mismo. Un compañero de prisión atestigüa sobre él:

“Desde el principio el estar en compañía del P. Kentenich causó la más profunda impresión... Suscitaba continua admiración. Llegué a la siguiente conclusión: Este es el primer hombre que conoces que realmente es un hombre cabal. Y eso es un carisma...”

Otro prisionero relata:

“Ya en mi primer encuentro con él (en el campo de concentración) comprobé con alegría que el P. Kentenich seguía siendo la persona transparente y fuerte que siempre había sido. No se le había podido arrebatar su tesoro interior de valores, ni él había traicionado nada de ese tesoro. En su corazón seguían manando los caudalosos manantiales que le infundían fuerza para desarrollar una vida personal de nítido perfil. Cuando una vez le confié esta opinión mía, me respondió, sonriendo: ‘Me rasuraron la barba y me despojaron de la libertad exterior. Pero no entrego nada más. Y a las tendencias niveladoras y despersonalizantes del campo de concentración les opongo, muy consciente-

mente, la más extrema resistencia exterior. En este punto no capitularemos jamás.”

Un testigo ocular informa:

“En medio de la más cruel hambruna, cuando aún no se podían recibir paquetes de alimentos, vi una vez cómo él le daba a un hermano en religión un pedazo de su escasa porción de pan. Y él mismo seguramente estaba tan hambriento como todos nosotros...”

En su cercanía reinaba una atmósfera de alegría a pesar de la situación afligente del campo de concentración. En este sentido, un compañero que compartiera con él aquellos padecimientos declaró más tarde:

“Por la presencia del P. Kentenich, el ‘infierno’ de Dachau se convirtió para nosotros en un ‘cielo’”.

¿Por qué sucede así? Porque el P. Kentenich lucha noche y día por mantener una actitud providencialista ante todos los acontecimientos. Cultiva con seriedad la fe en la filiación divina, y está colmado de una confianza inmovible. Por eso ‘está libre a pesar de las cadenas’, y a través de él su entorno es llevado a la cercanía de Dios.

Compañeros de prisión escriben más tarde:

“Hablaban y vivían como si viese lo invisible. Cuando sufríamos alguna desgracia, repetía: ‘Dios es Padre, Dios es bueno; bueno es todo lo que él hace.’”

“Su confianza en la Sma. Virgen se ponía de manifiesto hasta en las más pequeñas cosas de la vida cotidiana. Cierta vez los paquetes de alimentos dejaron de llegar durante mucho tiempo, y las reservas se agotaban. Pero el P. Kntenich no se angustiaba: ‘No se preocupen, la Sma. Virgen no nos abandona. No cesen de hacer oración’: Éstas eran las palabras que repetía siempre... Y efectivamente su confianza no fue defraudada...”

“También en otras ocasiones nos alentaba siempre: ‘¡Recen! ¡Recen y les será concedido!’ Y se nos concedía lo pedido... Esa seguridad que el P. Kntenich demostraba hasta en las cosas más pequeñas nos impresionaba tanto que también nosotros nos arrojamos por completo en los brazos de la Sma. Virgen...”

Un sacerdote polaco relata:

“Sus palabras nos infundían muchas fuerzas... Comprendimos que nosotros éramos instrumentos de Dios y que se nos asociaba a los padecimientos de Cristo. Nuestro sufrimiento sobrellevado por amor podía ayudar a los demás y enriquecer el mundo... Si el P. Kntenich no ha conquistado el cielo, entonces no lo conquistará ninguno de nosotros.”

El P. Kntenich es liberado el 6 de abril de 1945. Ileso física y espiritualmente, regresa el 20 de mayo de 1945 a Schoenstatt. Y vuelve a trabajar, como antes, en la obra de su vida que se difunde por todo el mundo.

Pero Dios tenía preparada para el P. Kntenich una cruz más pesada aún: En oportunidad de una revisión de la Obra de Schoenstatt por parte de la Iglesia, es separado de su Familia de Schoenstatt. Su exilio dura catorce largos años, y el P. Kntenich contempla cómo la obra de su vida se ve amenazada. Así como Abraham a su hijo Isaac, también el P. Kntenich coloca al “hijo de su corazón”, la Obra de Schoenstatt, sobre el altar del sacrificio. Sin amargura recorre su vía crucis, demostrando así su amor a la Iglesia que toma duras disposiciones para con él. Tranquilo y sereno soporta el desconocimiento y la calumnia, la injusticia y la oposición, hasta que Dios finaliza la prueba y permite que su Obra reciba el debido reconocimiento.

Luego de su regreso del exilio, en septiembre de 1965, el P. Kntenich se encuentra con un Cardenal romano. Éste declara más tarde:

“Conocí al P. Kntenich en Roma, en uno de los momentos más difíciles. Admiré su absoluta tranquilidad y su total confianza en la Divina Providencia. No olvido las palabras que pronunciara en aquella oportunidad: ‘Estoy siempre contento en las manos de la Sma. Virgen’. Jamás escuché de él una palabra de amargura. Siempre estaba lleno sólo de un gran amor sacerdotal.”

Luego de haber sido recibido en una audiencia por el papa Pablo VI, el P. Kntenich regresa a Schoenstatt en la Nochebuena de 1965. Allí retoma, sin restricciones, toda su labor de Padre y Fundador del Movimiento Internacional de Schoenstatt.



Bendecido por Dios

No es frecuente hallar una vida sacerdotal tan bendecida por Dios como la del P. Kentenich.

Siendo ya una persona de avanzada edad, constata que la obra de su vida se ha difundido por todo el mundo, a despecho de las dificultades y de las diferentes pruebas. Su Alianza de Amor con la Sma. Virgen, sellada el 18 de octubre de 1914 en la capilla de san Miguel (el actual Santuario original), se convirtió en fuente de bendición para todos los que se incorporaron a esa Alianza consagrándose a la Madre, Reina y Vencedora tres veces Admirable de Schoenstatt.

En todos los continentes se alzan Santuarios de Schoenstatt. Muchas personas experimentan con gratitud la bendición que se irradia de ellos. Así escribe un padre de familia de Francia:

“Tuve la oportunidad de comprobar que no sólo en Schoenstatt sino en todo el mundo hay Santuarios de su fundación (del P. Kentenich); Santuarios de todo tipo, grandes y pequeños, en los cuales se ama sinceramente a la Sma. Virgen, la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt. Desde aquellos días de la fundación, ¡cuánto camino se ha andado y por cuántas pruebas se ha pasado! Pero la consigna se ha mantenido y confirmado: ‘Un siervo de María nunca perecerá’... Cuando se contempla esos frutos, se comprende que la obra del P. Kentenich... es muy grata a la Sma. Virgen. Ella ha pronunciado su ‘sí’ a ese

Fundador. La prueba está a la vista. Por eso no asombra que sea considerado como un hombre santo...”

Lo que dijo el P. Kntenich en 1929 no es sólo expresión de su profundo anhelo sino también promesa que se verificó una y otra vez en la historia de Schoenstatt:

“A la sombra de este Santuario, en los próximos siglos, en Alemania y más allá de las fronteras alemanas, se participará en la decisión de los destinos de la Iglesia.”

En virtud del Santuario y de la Alianza con la Sma. Virgen, el P. Kntenich mismo se ha convertido, por decirlo así, en una fuente de bendición para la Iglesia y el mundo.

Una madre que trató al P. Kntenich en Milwaukee, cuando éste era párroco de la comunidad católica de habla alemana, expresó esta idea de una manera más popular:

“¿Sabe usted qué es lo mejor que tenemos en Norteamérica? Nuestro párroco. Dios es bueno. Realmente estamos bien en Norteamérica... Pero lo mejor que tenemos en este tiempo... nos vino de Alemania: nuestro bueno, bondadoso y amoroso padre y párroco.”

Los últimos tres años de vida del P. Kntenich estuvieron signados por una extraordinaria fecundidad. Quien se encontraba con él lo experimentaba como transparente del Padre del cielo. Toda su persona estaba como transfigurada.

ada. Su cercanía a Dios era perceptible para todos.

Un sacerdote escribe, conmovido:

“La luminosidad que rodea la figura de este hombre y sacerdote admirable se hace cada vez más intensa y brillante... Evidentemente la misma Divina Providencia parece estar actuando aquí. Al echar una mirada retrospectiva se advierte que indudablemente el ‘dedo de Dios’ se ha manifestado en la fundación de este sacerdote. La semilla ha germinado magníficamente. Todo bajo los ojos y el auxilio maternales de la Sma. Virgen.”

A menudo y con gusto el P. Kntenich eleva su mano para bendecir. Niños y jóvenes, novios y esposos, mujeres embarazadas y mujeres que aún no han podido tener hijos le piden al P. Kntenich que los bendiga; más de una vez su oración trajo la bendición del embarazo esperado.

Incluso obispos y sacerdotes confían en el poder intercesor de la bendición del P. Kntenich, y solicitan esa bendición. Se tiene la sensación de que su persona y bendición establecen, de manera extraordinaria, el contacto con el mundo sobrenatural, unen cielo y tierra.

Un matrimonio escribe:

“Quizás lo que más nos impresionó de la persona del P. Kntenich fue su unión con el mundo sobrenatural... Irradiaba a Dios Padre. El mundo sobrenatural era para él una

realidad. Y eso se manifestaba en su conversación, sus gestos, su mirada, sencillamente en todo... Cuando nos despedíamos de él, ambos teníamos la misma impresión: Habíamos estado con un mensajero de Dios.”

El domingo 15 de septiembre de 1968, memoria de Nuestra Señora de los Dolores, el P. Kentenich celebra la santa misa en la nueva iglesia de la Adoración y de la Trinidad, en el Monte Schoenstatt. Es la primera y última vez que celebra en ese templo. Su “Ite, missa est” (Vayan, yo los envío) son sus últimas palabras a los suyos. En la sacristía depones sus ornamentos sacerdotales, agradece a ambos sacerdotes que lo habían asistido en la celebración de la eucaristía, bendice algunos rosarios y hace oración por unos momentos. Luego se desploma sobre la mesa de la sacristía. Los otros dos sacerdotes lo sujetan y recuestan lentamente sobre el suelo. Pocos minutos más y exhala el último suspiro. El médico llamado con urgencia sólo alcanza a constatar el deceso. La faz del difunto irradia una santa paz. El 20 de septiembre de 1968 el P. Kentenich es sepultado en el lugar de su tránsito a la eternidad: en la sacristía de la iglesia de la Adoración, que se yergue como una fortaleza de Dios en la cumbre del Monte Schoenstatt.

En relación con este templo, un sacerdote escribe que debe ser considerado “... como un símbolo de la indestructibilidad y de coronación de la obra del P. Kentenich. Obra que él, por especial providencia divina, completó antes de su tránsito. Llevó como preciosa cosecha a los silos de la

eternidad lo que había sembrado con sacrificios...”

Su epitafio grabado sobre piedra constituye una síntesis de su vida y obra: El surgimiento y desarrollo, la dolorosa prueba y acrisolamiento, y luego la última preparación... DILEXIT ECCLESIAM: Amó a la Iglesia.

Lo venero como un santo para nuestro tiempo. Que su ejemplo nos aliente y su intercesión ayude a nuestra madre Iglesia.”

Miles de personas peregrinan a su tumba, confiando en su poder intercesor ante Dios. Y ya muchos experimentaron su ayuda.

El 10 de febrero de 1975 el Obispo de Tréveris inició solemnemente el proceso de canonización del P. José Kentenich.

Una carta del P. Kentenich,

que tiene algo que decirnos a todos:

“Conserve su lugar en el corazón de la Sma. Virgen. Allí está su lugar pase lo que pasare. Porque allí hay serenidad, seguridad y confianza en la victoria, en todas las situaciones y en todos los casos. Haga el bien donde se le presente la oportunidad de hacerlo, y en todo vea la bondadosa mano del Padre que guía y conduce su destino ciñéndose a un sabio plan de amor. Medite siempre la sencilla verdad:

*‘Dios es Padre, Dios es bueno;
bueno es todo lo que él hace.’*

Si permanece fiel a estas consignas, asumirá usted cabalmente la vida y será una fuente de bendición para muchos.”



Iglesia de la Santísima Trinidad Cronología

Daten aus dem Leben Pater Kentenichs

	18 de noviembre de 1885	Nace en Gymnich, cerca de Colonia, Alemania.	20.09.1941	
	19 de noviembre de 1885	Es bautizado en la parroquia de san Cuniberto, Gymnich.		Gefangennahme durch die Geheime Staatspolizei, Bunkerhaft und Gefängnis Koblenz
18.11.1885		in Gymnich bei Köln geboren	13.03.1942 -	
19.11.1885		in der Pfarrkirche St. Kunibert in Gymnich auf die Namen Peter Josef getauft	06.04.1945	Konzentrationslager Dachau
			16.07.1942	Gründung der Schönstätter Marienbrüder und des Familienwerkes im Konzentrationslager Dachau
12.04.1894		im neunten Lebensjahr Weihe im Waisenhaus Oberhausen		Proklamation der Schönstatt-Internationale
17.04.1897		Empfang der ersten heiligen Kommunion	18.10.1944	Heimkehr nach Schönstatt
24.09.1897		Empfang der heiligen Firmung durch Weihbischof Dr. Fischer, Köln	20.05.1945	Konstituierung des Diözesanpriesterverbandes
			18.10.1945	Konstituierung der Gemeinschaft der Frauen von Schönstatt
23.09.1899		Beginn des Studiums in Ehrenbreitstein		Privataudienz bei Papst Pius XII.
24.09.1904		Beginn des Noviziates im Mutterhaus der Pallottiner in Limburg	02.02.1946	drei große Weltreisen
				durch die Kirche verfügte Trennung vom Schönstattwerk
08.07.1910		Priesterweihe durch Missionsbischof Viether PSM aus Kamerun	14.03.1947	ab 1952 Aufenthalt in Milwaukee/USA
			1947–1950	Kanonische Errichtung der Gemeinschaft der Schönstattpatres
10.07.1910		Primiz in der Kapelle des Missionshauses der Pallottiner in Limburg	1951–1965	Rehabilitierung durch die Kirche
				Spezialaudienz bei Papst Paul VI.
27.10.1912		Amtsantritt als Spiritual im Studienheim Schönstatt; „Vorgründungsurkunde“		Heimkehr nach Schönstatt
			18.07.1965	Heimgang zu Gott in der Dreifaltigkeitskirche auf Berg Schönstatt
19.04.1914		Gründung der Marianischen Kongregation im Studienheim Schönstatt		Feierliche Eröffnung des Heiligsprechungsverfahrens durch den Bischof von Trier
			22.10.1965	
18.10.1914		Gründung Schönstatts	22.12.1965	
		Vortrag im Michaelskapellchen, dem heutigen „Urheiligtum“ Schönstatts: „Gründungsurkunde“	24.12.1965	
			15.09.1968	
20.08.1919		Gründung des „Apostolischen Bundes“		
20.08.1920		Gründung der „Apostolischen Liga“	10.02.1975	
01.10.1926		Gründung der Schönstätter Marienschwestern		



Biografía

Prólogo

El lugar donde descansan los restos del P. Kentenich se ha convertido en un espacio de oración y bendición visitado por personas de todo el mundo. Muchos que confiaron en la intercesión del P. Kentenich experimentaron ya su auxilio. Muchos testimonios escritos de oraciones escuchadas dan fe del poder de su intercesión.

También nosotros buscamos en los días siguientes un encuentro espiritual con el P. Kentenich. Él tuvo un corazón compasivo para con las necesidades humanas. Por eso brindará su amor a toda persona que, confiando en su intercesión, se dirija a él con sus sufrimientos y preocupaciones. Y si el cumplimiento de ese pedido no estuviese en el plan de Dios, que eso no sea causa de desaliento: El P. Kentenich nos implorará la gracia de comprender el sentido de nuestro sufrimiento y sobrellevarlo con fe en la sabia Providencia de Dios.

El P. Kentenich asumió todas las dificultades de su vida en Alianza con la Sma. Virgen; por eso en los siguientes nueve días queremos contemplar junto con él a la Madre del Señor.

El P. Kentenich consideraba que su misión era “proclamar al mundo el misterio de la Sma. Virgen”, misterio muy estrechamente ligado al misterio de Cristo. Veía en la Sma. Virgen la “Colaboradora y Compañera permanente del Se-

ñor en toda la obra de redención”, desde la hora de la Anunciación hasta el fin del mundo, pasando por el Viernes Santo, la Pascua y Pentecostés.

Con él contemplamos la imagen bíblica de la Sma. Virgen que fue orientación y fuente de energía para su vida personal.

Cada día enfocaremos un determinado acontecimiento de la vida de la Madre del Señor, proyectándolo sobre nuestra vida cotidiana. Luego, en una oración, elevaremos a través de la Sma. Virgen nuestras peticiones a Dios, nuestro Padre del Cielo. Y el P. Kentenich será nuestro intercesor junto al trono de Dios.

A lo largo de su vida el P. Kentenich se esforzó por cumplir todos los deseos de Dios y de la Sma. Virgen. Por eso confiamos en que su oración por nuestras intenciones será escuchada.

A modo de conclusión de las oraciones de los diferentes días, puede rezarse la oración por la canonización del P. Kentenich (pág. 67), a fin de que la Iglesia lo eleve pronto al honor de los altares, y él pueda ser puente hacia Dios para muchas personas más de nuestro tiempo.



Tumba del
P. Kentenich

1º día El “Alégrate” en los oídos

Anunciación del Señor... “Y entrando el ángel, le dijo: ‘Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo’ (Lc 1, 28). La Sma. Virgen escucha el saludo del ángel y el mensaje de Dios, y da su “sí” libre a Su plan: Ella será la Madre de Dios.

En el tiempo sucesivo, la Sma. Virgen vuelve a recibir mensajes. Pero ya no está más el ángel ante ella. Dios habla a través de instrumentos humanos: La alcanza una orden del emperador Augusto; escucha las palabras de Simeón, quien le dice que una espada de dolores atravesará su corazón; se entera de las intenciones criminales del rey Herodes. Hay hombres que intervienen sin piedad en la vida de María. Y sin embargo esos acontecimientos constituyen, no menos que las palabras del ángel en la Anunciación, un saludo, una indicación de caminos que hace Dios. Y la Sma. Virgen responde con un “sí” dispuesto.

El P. Kentenich era muy mariano. Siguiendo el ejemplo de la Sma. Virgen, durante toda su vida escuchó con atención los mensajes del Señor con “el oído en el corazón de Dios”. Para él todo era un saludo de Dios, y cada creatura, cada acontecimiento, “un pequeño profeta” que le traía noticia del amor del Padre, de Sus designios y deseos. El P. Kentenich era capaz de entender los signos de los tiempos y se sabía tocado por Dios en las duras vicisitudes que tuvo que arrostrar. Siempre tenía en sus labios un “sí” dispuesto, tanto cuando Dios lo saludaba con un mensaje

alegre como cuando intervenía en su vida cambiando dolorosamente sus caminos.

Oración

Padre del Cielo, me hallo en una situación muy difícil y desconcertante. Todo mi ser se resiste al sufrimiento. No puedo creer cabalmente que el sufrimiento me llegue como un mensaje de tu parte y que tú persigas un determinado objetivo con ese sufrimiento. Por intercesión del P. Kentenich, ayúdame a descubrirte en medio de mi situación y preocupaciones, a escuchar en ellos un mensaje tuyo. Cultivaré el contacto contigo más de lo que lo he hecho hasta ahora. Eso es lo que tú esperas, Padre mío, a fin de que yo aprenda a pronunciar un “sí” dispuesto, tal como lo pronunciaran la Sma. Virgen y el P. Kentenich. Sé que tú eres suficientemente poderoso para llevar a buen término mi sufrimiento y escuchar mis súplicas. Amén.

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“La cruz bendice el mundo.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

2º día El Magníficat en los labios

“Magníficat anima mea Dominum...Engrandece mi alma al Señor..., porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava...” (Lc 1, 47 – 48). Así canta con júbilo la Sma. Virgen. Ha sido obsequiada por Dios en una medida increíblemente abundante. En su cántico de alabanza, ella reconoce su “humildad”, sabe de su total dependencia de Dios. Esa profunda humildad fue condición para su inigualable elevación.

El P. Kentenich se asemejó a la Sma. Virgen: humilde, sencillo, modesto. No se buscaba a sí mismo sino que buscaba la gloria de Dios. Transfería a Dios y a la Sma. Virgen toda alabanza y reconocimiento que recibía. Dios recompensa la auténtica humildad con su gracia, con obsequios de su amor que generan una “atmósfera de Magníficat” en las personas humildes. Por eso del P. Kentenich se irradiaba siempre felicidad, alegría del corazón. Así construyó un reino de alegres hijos de Dios.

Su humildad fue probada sobre todo en los años de su exilio. Sin embargo nada pudo empañar su alegría y confianza. Luego de su regreso confesó que en todos esos años no tuvo ni una sola hora, ni siquiera un segundo de tristeza. Como la Sma. Virgen, tenía el Magníficat en los labios y toda su vida fue una alabanza al poder y bondad de Dios.

Oración

Padre del Cielo, como todos los hombres, tiendo a ser orgulloso. Quizás mediante el dolor que padezco quieras señalarme cuán desvalido soy en realidad. Quizás el sufrimiento sea un llamado tuyo para que me apoye más en tu fuerza. Cuanto más reconozca mi desvalimiento, tanto más podrás regalarme tu misericordia paternal. Padre, tu sabiduría elige y obsequia a los pequeños. Por eso puedo alegrarme y, lleno de confianza, sumar mi voz al “Magnificat” de María. Que por intercesión del P. Kentenich tu paternal amor misericordioso venga en ayuda de mi pequeñez, cuando donde y como tu amor lo haya previsto para mí. Amén.

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“Sólo quien es pequeño puede contemplar a Dios.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

3 ° día El niño en los brazos

María es la Madre de Dios. He aquí su dignidad suprema y su título más hermoso. El niño que ha dado a luz y lleva en sus brazos, el niño al que cuida, es el Hijo de Dios, el Salvador del mundo.

Ella está a su lado como una madre que ayuda. Se queda de pie junto a la cruz y escucha las palabras que Jesús le dice a Juan, pero que están dirigidas a toda la humanidad: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19, 27). La Sma. Virgen ha pasado a ser también nuestra madre. Con un corazón lleno de amor cumple en nosotros su tarea de madre. Ella participa con una actitud maternal y servicial en el desarrollo y culminación de la obra de salvación, hasta el fin de los tiempos.

En el encuentro con el P. Kentenich otras personas pudieron tener una vislumbre de la paternidad de Dios, y a la vez percibir algo de la maternalidad de María. A lo largo de una labor sacerdotal de decenios, el P. Kentenich ayudó a muchos. Niños, jóvenes y adultos experimentaron su amor y solicitud abnegados y serviciales, su educación paternal y maternal. Llevaba en su corazón a todos los que se confiaban a su guía, y ellos se sentían regalados por él. En la celebración de sus bodas sacerdotales de plata, en 1935, el P. Kentenich confesó que para su labor la Sma. Virgen le había puesto a disposición su corazón maternal.

Oración

Padre del Cielo, tú has dado a María como madre no sólo a tu Hijo, sino también a mí. La mejor madre de todas es mía. Lo que María podía ser y hacer por su hijo, ella quiere brindarlo asimismo a todos los hombres, hoy y hasta el fin de los tiempos. Para ello le has dado un corazón de calidez maternal, un corazón lleno de riqueza y bondad. La Sma. Virgen no pierde de vista a ninguno de sus hijos. Eso me alegra, me hace feliz. Ella sabe también de todas mis preocupaciones, pequeñas y grandes, que yo le confío por medio del P. Kentenich. Ella las eleva a Cristo y a ti, Padre, que siempre escuchas a María. Amén

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“Si le regala continuamente su corazón a la Sma. Virgen, saldrá airoso de todas las pruebas.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

4º día La espada en el corazón

La Sma. Virgen sufrió indeciblemente. Por eso a menudo se la representa con siete espadas que traspasan su corazón, en recuerdo de la profecía de Simeón (cf. Lc 2, 35). Innumerables personas que sufren se acercan a ella para sacar fuerzas y consuelo de su corazón maternal colmado de dolores. ¿Por qué la Sma. Virgen fue sumergida en un tal “mar de dolores”? Porque a la más amada de Dios se le concede compartir de la manera más intensa los sufrimientos de Cristo. La profunda comunidad de vida y de amor con su Hijo se convierte en comunidad de dolores. La Madre Dolorosa está junto al Varón de dolores, también en la cima del Gólgota. En la hora de la Anunciación ella había dicho: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). También ahora, cuando la espada de los dolores traspasa su alma, deja con silenciosa disposición que suceda lo que es voluntad de Dios.

El P. Kentenich aceptaba sin quejas el sufrimiento de manos de Dios. En ello descubría una prueba de que Dios había bendecido su obra y su labor. El camino de su vida puede ser designado como un vía crucis que pasó por muchas horas de oscuridad. El P. Kentenich solía decir que Dios le había pedido una y otra vez “el salto mortal de la razón, de la voluntad y del corazón”. Era la renuncia al pensar, querer y sentir puramente humanos. La espada de los dolores llegó a lo más íntimo de su alma cuando se vio amenazada la subsistencia del “hijo de su corazón”, de la obra de su vida. Sin embargo permaneció totalmente abierto y dispuesto a la voluntad de Dios.

Oración

Padre del Cielo, también mi vida está ahora signada con la cruz, y siento la espada de los dolores. Me resulta difícil sobrellevarlo. Concédeme la gracia de creer también ahora en tu amor. Tú envías cruz y sufrimiento como mensajeros de tu amor justamente a los que más amas y a los que quieres educar. Meditaré a menudo sobre el hecho de que en mi dolor yo puedo unirme más profundamente a tu Hijo, y ser fecundo para la salvación de mis hermanos. Ayúdame a que, como el P. Kentenich, permanezca firme en el dolor y confíe siempre en ti. También mi destino descansa en tus manos y por intercesión del P. Kentenich tú harás que todo contribuya a mi bien. Amén.

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“La cruz es signo de elección.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

5 ° día Las lenguas de fuego del Espíritu Santo sobre la cabeza

Pentecostés... En el Cenáculo, junto con los apóstoles, la Sma. Virgen implora el Espíritu Santo. Y cuando en forma de viento impetuoso desciende sobre todos ellos el Espíritu consolador prometido, María está en medio de los discípulos: la Madre de la joven cristiandad, la Madre de la Iglesia (cf. Hch 1, 14; 2, 1 – 4).

La Sma. Virgen considera como su deber de madre suplir para los suyos los dones del Espíritu Santo, la “fuerza de lo alto”. Desde aquel primer Pentecostés de Jerusalén no ha cesado de implorar el fuego del Espíritu Santo para toda la Iglesia.

Desde el principio el P. Kentenich congregó a sus seguidores en torno de la Sma. Virgen. Por eso el Espíritu Santo pudo actuar tan poderosamente y generar una obra que contribuyese a la renovación de la Iglesia en tiempos difíciles.

El P. Kentenich introdujo infatigablemente a sus oyentes en el mundo de la fe. Su seguridad tenía una fuerza persuasiva. Él vivía lo que enseñaba. En la fuerza del Espíritu Santo empeñó su vida y su honor por Dios y su Reino. Se mantuvo alegre y sereno en las grandes pruebas de su vida, porque confiaba en Dios y todo lo ponía en Sus manos. Era una persona abierta y dispuesta a acoger y cumplir hasta los mínimos deseos de Dios.

Oración

Padre del Cielo, envíame también a mí el Espíritu Santo por intercesión de la Sma. Virgen y de su fiel servidor, el P. Kentenich. Que me colme con su plenitud y suscite en mí una confianza incommovible en ti. Tú, Padre, me sostienes, me amas; yo soy tuyo. Ahonda en mí la fe en tu sabia Providencia. Entonces mi padecimiento perderá su amargura y podré sobrellevarlo. En la fuerza del Espíritu Santo el sufrimiento me hará crecer, como en el caso del P. Kentenich, y redundará finalmente en bendición para mi vida. Amén.

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“Sea usted un milagro de confianza.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

6 ° día La serpiente debajo de sus pies

Ya en el paraíso Dios habla de la gran Mujer, de la Vencedora, la que aplasta la cabeza de la serpiente (cf. Gn 3, 15). San Juan la contempla en el Apocalipsis luchando con el Dragón (cf. Ap 12, 1 – 18). Ella es la gran adversaria de Satanás. Éste jamás pudo tener parte en ella. La Sma. Virgen se nos aparece como la Inmaculada, libre del pecado original y de sus consecuencias, libre de toda culpa personal, vencedora de las fuerzas antidivinas.

Con un corazón atento, el P. Kentenich se consagró a la Sma. Virgen cuando contaba nueve años de edad. Ella veló por su educación y guía. Desde entonces el P. Kentenich saludó diariamente a la Madre del Señor con una oración de su autoría: “Dios te salve, María. Por tu pureza, conserva puros mi cuerpo y mi alma. Ábreme ampliamente tu corazón y el corazón de tu Hijo.”

Su petición fue escuchada. Cuando en sus años de estudiante pasó por una dura crisis espiritual, la Sma. Virgen fue su salvación. Entregándose sin reservas a ella, llegó a ser interiormente libre.

Fuerzas diabólicas llevaron al P. Kentenich a la prisión y al campo de concentración, amenazando destruir su obra. Pero él se mantuvo sereno y confiado en unión con la Sma. Virgen. En las dificultades jamás perdió la confianza en que la Sma. Virgen finalmente vencería. Sus “palabras mágicas” eran “Mater habebit curam”: La Madre cuidará

de todo. Su tranquilidad y serenidad suscitaba en la gente una gran confianza y el anhelo de una vida basada en la fe y en la Alianza con la Sma. Virgen, la Vencedora.

Oración

Padre del Cielo, con profundo respeto contemplo a la Sma. Virgen, la Vencedora de todo lo malo. Con gusto me inclino ante ella, la Luchadora contra tus adversarios aquí en la tierra. Quiero consagrarme a María como lo hiciera el P. Kentenich. Si le tiendo la mano, también ella me tenderá su mano. Ella tiene manos poderosas y llenas de gracia. Ella me conducirá hacia ti. Por eso puedo cultivar una sana despreocupación y entregarme por entero a ella en todas las dificultades de mi vida. Amén.

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“En las manos de la Sma. Virgen estoy siempre contento.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

7 ° día Vestida de sol

Volvemos a contemplar una imagen del Apocalipsis: “Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida de sol” (Ap 12, 1). La Sma. Virgen, una luz resplandeciente en la oscuridad de los tiempos. Nos trajo a Cristo, el sol de justicia. Los rayos de ese sol se reflejan en María. Ella es el ideal del ser humano colmado de Cristo. Ella es la llena de gracias, jamás manchada por el pecado; es el “hombre nuevo”.

También nosotros, por el bautismo, somos incorporados a Cristo, Luz eterna, y somos hijos amados del Padre. Pero quedamos afectados por las consecuencias del pecado original: la inclinación al mal y la debilidad de la voluntad. De ahí la tarea de aspirar continuamente a lo alto. Y para ello Dios nos regala su gracia. Podemos confiar en que con su ayuda llegaremos a ser hombres modelados según los rasgos de Cristo, portadores de la luz de Cristo. Muchos experimentaron en el P. Kentenich una persona de tales cualidades. El P. Kentenich consideraba que la labor de su vida era formar “hombres nuevos” que con libertad y amor llevaran en medio del mundo una vida en Dios y para Dios. Él mismo realizó en grado sumo ese ideal. Incluso en el campo de concentración fue “un hombre auténticamente humano, y a la vez un hombre totalmente de Dios, con una fe y confianza incomparables”, según palabras de un compañero de prisión. Siendo él mismo luz, ayudaba a otros a conservar la luz de la fe. Su amor obraba en todos como un sol cálido y dador de vida.

Oración

Padre del Cielo, por el bautismo y por la gracia de Cristo me he convertido en hijo tuyo, llamado a ser un “hombre nuevo”. En la imagen de la Sma. Virgen contemplo esa meta encarnada de manera perfecta. Ayúdame a asemejarme a ella. Que también en mí resplandezca más y más la luz de Cristo. Concédeme creer que esa luz es más fuerte que todas las oscuridades de mi vida. Es la fuerza interior que jamás me abandona. Por intercesión del P. Kentenich, otórgame la gracia de vivir en libertad y amor, ciñéndome por completo a tu voluntad. Ayúdame a seguir el ejemplo del P. Kentenich y obsequiar “luz y calidez” a los demás. Amén.

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“Sea para muchas personas un faro orientador, una fuente de luz y alegría.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

8 ° día Coronada de doce estrellas

Así ve Juan, el vidente de Patmos, a la Sma. Virgen, y así la describe en el Apocalipsis (Ap 12, 1). La Sma. Virgen es la soberana coronada de doce estrellas. Ella reina junto a Cristo, el Rey del universo. Su poder regio es el amor. Ella se muestra soberanamente generosa, servicial, misericordiosa y bondadosa para con todos los que se entregan a ella y confían en ella.

El P. Kentenich solía coronar una y otra vez la imagen de la Sma. Virgen y no se cansaba de proclamar su realeza. Él mismo se consideraba caballero de su Reina. A ella estaba consagrada su vida. Y porque la amaba mucho, fue semejante a ella. Nobles y soberanos eran todo su ser, su pensamiento, sus palabras y sus acciones. Trataba a todos como “hijos de Dios”, con respeto y amor. En todas las situaciones el P. Kentenich conservaba esa nobleza, incluso en el “infierno” de Dachau.

Dios quiso que en el momento del fallecimiento del P. Kentenich hubiera muchas coronas preparadas. Él tenía que bendecirlas para que fuesen colocadas sobre otras tantas imágenes de la Sma. Virgen. Antes de que pudiera hacerlo, Dios lo llamó a la eternidad. Ante su ataúd abierto se recordaba aquellas palabras del Señor: “Manténte fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida” (Ap 2, 10).

Oración

Padre del Cielo, tú has coronado a la Sma. Virgen con la corona de la gloria. Tú le has otorgado gran poder. Por eso el P. Kentenich solía coronarla en los tiempos difíciles. También yo quiero contemplar y honrar a la Sma. Virgen como Reina. Junto con el P. Kentenich la coronó espiritualmente, confiando con firmeza en su intercesión. Como regalo de coronación le ofrezco a la Sma. Virgen la disposición a sobrellevar mis preocupaciones con valentía y fe. Ella transformará mi sufrimiento en bendición. Ella me ayudará a asemejarme a ella, a ser una persona noble y soberana desde el corazón. Amén.

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“El sufrimiento en nuestra vida es la gracia más grande.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

9 ° día Transfigurada junto a Dios

La Sma. Virgen fue llevada a los cielos en cuerpo y alma, y vive en perfecta comunión con el Dios Trino. En ella se cumplió ya lo que se nos ha prometido. Nosotros, incorporados al Cuerpo Místico de Cristo, somos también coherederos de la gloria de Cristo. Ahora estamos aún en el tiempo de la prueba y de la espera confiada de “la gloria que se ha de manifestar en nosotros” (Rm 8, 18). Sin embargo somos ya “ciudadanos del cielo” (cf. Flp 3, 20).

El P. Kentenich siempre llamaba la atención sobre esa realidad. Consideraba que la tarea de su vida era generar en la tierra “una colonia del cielo”, una santa tierra de Dios, una santa tierra de la Sma. Virgen. De todos los Santuarios de Schoenstatt debía manar una corriente de bendición hacia los cuatro puntos cardinales y llegar a todos los hombres.

El mismo P. Kentenich vivía plenamente en el mundo de la fe, en la realidad sobrenatural. Su persona señalaba hacia Dios y atraía a otros a la cercanía de Dios. Y sin embargo estaba también afirmado con ambos pies sobre el terreno de la realidad. Era un hombre cercano al mundo y a la vez cercano al cielo. Contemplaba las dificultades y los sufrimientos a la luz de la eternidad. Dios puso su sello sobre la vida del P. Kentenich llamándolo a la eternidad en la iglesia de la Adoración, luego de celebrar la santa misa, en

un día en que se conmemoraba a la Sma. Virgen. Quien ora en el lugar de su tránsito, quien peregrina allí física o espiritualmente, experimenta la cercanía de Dios.

Oración

Padre del Cielo, mi deseo es vivir, como el P. Kentenich, totalmente fundado en la fe. Pero como no puedo hacerlo por mis propias fuerzas, te pido que, por intercesión suya, me ayudes a ser fiel a ti en mi entorno que a menudo es tan escéptico. Concédeme la gracia de sobrellevar las dificultades, de contemplarlas bajo tu luz y superarlas con tu fuerza. Entonces todo dolor me acercará más a ti y mi vida podrá ser ya la de un “ciudadano del cielo”. Amén.

Una frase del P. Kentenich para meditar durante el día:

“La oración es la gran potencia en el reino de Dios.”

Oración por la canonización del P. Kentenich

Dios, Padre Eterno... (pág. 67)

Dios, Padre Eterno,

en épocas difíciles siempre enviaste a tu Iglesia hombres que, mediante la palabra y el ejemplo, le señalaran el camino a tu pueblo. Para la Iglesia de nuestros días tú le encomendaste a tu sacerdote, el P. Kentenich, la gran misión de proclamar las glorias de la Sma. Virgen. Él se consagró a María y procuró guiar a muchos hacia la Alianza de Amor con la Madre y Reina de Schoenstatt, para que hallasen con mayor facilidad el camino hacia Cristo y hacia ti, nuestro Padre bondadoso y misericordioso.

Te pido que le otorgues pronto al P. Kentenich el honor de los altares, a fin de que todo el pueblo de Dios contemple su ejemplo, en todas partes se escuche su mensaje y muchos experimenten su poder intercesor.

Por su intercesión escúchame en mis necesidades, para alabanza de la Madre y Reina de Schoenstatt y para tu glorificación, Dios y Padre bondadoso. Amén.



Muchas personas que tomaron contacto con el P. Kentenich

están convencidas de su vida santa, y por lo tanto se comprometen por su canonización.

De ese modo se hace posible que su vida y mensaje lleguen a muchas personas y a toda la Iglesia.

También usted puede colaborar

- *compartiendo con otras personas el material impreso,*
- *orando por la canonización,*
- *haciendo donaciones,*
- *comunicando las oraciones escuchadas por intercesión del P. Kentenich,*
- *motivando a otros a hacerlo.*

Con gusto le enviaremos información o propuestas de oración, gratis o bien contra donación a voluntad.

Se puede solicitar el siguiente material:

Padre José Kentenich

Biografía y Novena

Audaz en el riesgo

Novena

Por la paz en el mundo

Novena

Dios me ve, me ama y me necesita

Triduo

Anhelos de vida

Novena para jóvenes

Yo recurro al Padre Kentenich

Novena para niños

Padre José Kentenich. Un padre para el año 2000 y más allá

Librito

La aventura de ser uno mismo

Orientaciones para hallar el Ideal Personal

Librito

Santidad, camino de Heroísmo

Vivir en la presencia de Dios

Librito

Estampas con oraciones por la canonización del Padre Kentenich

Sekretariat Pater Kentenich

Berg Schönstatt 7

56179 Vallendar

ALEMANIA

Teléfono: + 49 (0) (261) 6404 410

Fax: + 49 (0) (261) 6404 407

sekretariat.pjk@schoenstatt.de

www.schoenstatt.de/secretariado-pjk.htm